

Ante la pandemia del coronavirus

El mundo ha visto difundirse rápidamente lo que primero era una epidemia y luego se convirtió en pandemia; un fenómeno que ha dejado perplejos a muchos y que ha encendido el miedo y la angustia en millones de corazones. Con el pasar de los meses, muchas personas tocaron la situación de muy cerca, al ver cómo un familiar, un amigo, un compañero de trabajo, se había contagiado con el terrible Covid-19.

También entre sacerdotes, religiosos, agentes de pastoral, la epidemia comenzó a hacer estragos. Una de las regiones más afectadas ha sido Lombardía (Italia) con varias decenas de sacerdotes fallecidos. En algunos lugares, se enfermaban, a veces también morían, casi todos los miembros de comunidades religiosas.

El avance del virus empezó a crear un colapso de proporciones inimaginables. Primero fueron los hospitales, sorprendidos por la avalancha de enfermos con graves síntomas respiratorios. Luego todo el sistema económico, por cuarentenas colectivas impuestas por los gobiernos con la esperanza de detener el número de contagiados.

Cientos, miles de agentes sanitarios, los que estaban en la primera línea de la pandemia, se vieron superados ante la gravedad de la situación. Por desgracia, muchos de ellos contrajeron el virus, y las noticias de médicos y enfermeros que fallecían empezaron a asustar más y más a la opinión pública.

Las religiones quedaron afectadas ante una pandemia difícilmente controlable. Por decisión de las autoridades, o como algo autónomo desde el sentido de la responsabilidad hacia los fieles y hacia toda la sociedad, diversas confesiones religiosas cancelaron sus actos públicos de culto para evitar concentraciones de personas que podrían favorecer la infección.

Todo ello ha generado un impacto social que todavía no alcanzamos a comprender en lo que serán sus efectos inmediatos y futuros. No es fácil vivir días y días encerrados en casa. No es fácil mantener un buen suministro de bienes básicos cuando muchas fábricas cierran. No es fácil entrever lo que será el mundo cuando termine esta tragedia universal.

Para los católicos, la epidemia se convirtió en una especie de “blackout” completo del culto público y de muchas actividades pastorales, en tiempos tan importantes para la liturgia como lo son la Cuaresma, la Semana Santa y la Pascua.

Millones de bautizados se vieron privados de la posibilidad de acudir a la Eucaristía. Muchos no podían recibir el perdón de los pecados en la Penitencia. Era triste conocer que miles de enfermos morían aislados, sin el consuelo de los familiares y sin el auxilio de la unción de los enfermos.

Esta situación ha sorprendido al mundo en una época de grandes cambios y de un desarrollo tecnológico sin precedentes, aunque acompañado por terribles desigualdades, sea entre naciones, sea dentro del mismo territorio.

Basta con pensar en la interdependencia mundial y la globalización, y en el boom de Internet, con el acceso casi inmediato a todo tipo de informaciones, y con una facilidad, antes inimaginable, a las relaciones con otros.

Todo ello no ha impedido que un virus hasta ahora totalmente desconocido para muchos haya alterado por completo la existencia de millones de personas. Ricos y pobres, famosos y desconocidos, políticos y gente de la calle: todos eran vulnerables, todos empezaban a tener miedo.

Las reflexiones y los análisis han sido incontables. Unos temen un colapso económico mundial. Otros esperan que la gente cambie su modo de vivir y así mejore el ambiente del planeta. Otros ven cómo su puesto de trabajo está en peligro.

No faltan voces alarmistas que hablan de la inminente llegada del fin del mundo, que aluden a un “castigo divino” por los pecados de la humanidad, que profetizan la aparición del Anticristo y, después, la llegada triunfante del Señor. Bastaría con recordarles lo que dice el mismo Señor en el Evangelio:

«Entonces, si alguno os dice: “Mirad, el Cristo aquí” “Miradlo allí”, no lo creáis. Pues surgirán falsos cristos y falsos profetas y realizarán señales y prodigios con el propósito de engañar, si fuera posible, a los elegidos. Vosotros, pues, estad sobre aviso; mirad que os lo he predicho todo» (Mc 13,2123).

Es difícil interpretar y comprender tantas y tantas reacciones, unas más visibles, a través de medios de comunicación, chats, mensajes y vídeos que giran de modo viral. Otras familiares, íntimas: esas preguntas que nos hacemos cada día al recibir la noticia de la muerte de un importante artista, de un sacerdote generoso, de un familiar, y al ver las estadísticas actualizadas, que en algunos lugares alcanzaron cifras alarmantes.

Frente a este panorama inesperado, sorprendente, las preguntas surgen una y otra vez: ¿por qué ha ocurrido esto? ¿Pudo haberse evitado, hay res-

ponsables? ¿Cómo es posible que la tecnología no encuentre vacunas y medicinas? ¿Dónde han ido a parar los impuestos que debían garantizar un buen sistema de hospitales? ¿Cuándo terminará esto?

Los creyentes también nos hacemos preguntas: ¿cómo conciliar todo esto con la existencia de un Padre bueno y misericordioso? ¿Qué podemos hacer para nutrir la esperanza? ¿Cómo vivir nuestra fe cuando resulta imposible recibir los sacramentos? ¿Es posible avivar la caridad, hasta llegar, si la situación lo exige, al servicio heroico de nuestros hermanos?

La presente situación, como tantas otras situaciones humanas, puede encontrar su sentido completo a la luz del Evangelio. Numerosos textos, intervenciones, discursos, pronunciamientos que proceden desde el Papa hasta simples bautizados, han intentado ofrecer consejos y pistas para comprender lo que nos pasa.

Frente a todo lo que ocurre, sentimos una invitación fuerte a leer los Salmos, a recurrir a los Padres de la Iglesia y a tantos escritores y maestros de la vida espiritual que nos ayudan a comprender mejor el sentido del dolor humano y la contingencia del mundo presente, y nos abren a la esperanza del mundo futuro.

Especialmente en estos días, con tanto tiempo disponible, recibiremos mucha luz si volvemos a leer y meditar la encíclica *Spe salvi* del Papa Benedicto XVI sobre la esperanza; o tantos textos del Papa Francisco sobre la misericordia divina y la alegría del Evangelio.

Junto al acceso a documentos, textos y videos, nos sentimos alentados al conocer el testimonio de hombres y mujeres que ofrecen sus sufrimientos, que se entregan al servicio del prójimo, que sienten en este enorme drama una invitación especial de Dios para convertirse y creer en Jesucristo Salvador. Son iconos vivos que llegan más a fondo del corazón, un corazón que en ocasiones como esta recibe más ayuda de los testigos que de los maestros (evocando la famosa frase de San Pablo VI).

A muchos de nosotros, como sacerdotes, religiosos, agentes de pastoral, nos ha tocado vivir un apostolado en el silencio, sin misiones, sin catequesis, sin ceremonias. Tal vez eso crea una extraña sensación de impotencia, incluso de fracaso: queríamos hacer tantas cosas, cuando lo que se nos pedía era quedarnos encerrados en casa, en cuarentena, para no difundir el virus...

Gracias a un sano espíritu de iniciativa, muchos sacerdotes y religiosos se lanzaron al mundo de las redes sociales para hacerse presentes y cercanos a quienes están enfermos, o encerrados, o confundidos. Algunos, heroicamente, y con todas las precauciones sanitarias necesarias en estos casos, apoyaron y siguen apoyando en la atención directa en los hospitales.

Todos podemos hacer mucho con la oración, con la escucha, con la cercanía espiritual, con el abandono en Dios. Imitamos así, en cierto modo, aquel modo de hacerse presentes en el mundo propio de los ermitaños, de los contemplativos y las contemplativas, de los enfermos que ofrecen su “inutilidad” como sacrificio propiciatorio por los hermanos y que hacen descender las bendiciones de Dios para este mundo tan herido.

Este enorme drama humano, con la amenaza de un resurgimiento o de la aparición de virus semejantes, y que está unido a muchos otros dramas tantas veces olvidados, nos invita a levantar los ojos y el corazón para descubrir que, pase lo que pase, Dios es Padre.

En el horizonte de la fe, descubrimos el sentido de todo dolor humano: si nos unimos a Cristo que muere y se entrega libremente, por amor al Padre y a cada uno de los hombres del planeta, participamos de Su entrega en el Calvario para así compartir, plenamente, su victoria, su Resurrección definitiva y eterna...

Ecclesia*

* Este editorial ha sido preparado por el P. Fernando Pascual, L.C., profesor de filosofía del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* y director de *Ecclesia*. Se recoge, con pequeñas modificaciones, un artículo publicado precedentemente en la revista *Sacerdos* (abril-junio 2020); se agradece a la dirección de *Sacerdos* el permiso para reproducir este trabajo en *Ecclesia*.